

Nuestro hombre en Londres

Ramiro de Maeztu y las relaciones
angloespañolas (1898-1936)

David Jiménez Torres



DAVID JIMÉNEZ TORRES

**NUESTRO HOMBRE
EN LONDRES**

**Ramiro de Maeztu
y las relaciones angloespañolas
(1898-1936)**

Marcial Pons Historia

2020

ÍNDICE

	<i>Pág.</i>
AGRADECIMIENTOS	9
INTRODUCCIÓN	11
CAPÍTULO 1. GENEALOGÍA DE LA ANGLOFILIA ESPAÑOLA	25
La Guerra de la Independencia y la libertad inglesa.....	30
Las primeras ambivalencias.....	34
Los institucionistas y la educación inglesa.....	40
Raza e imperio	43
Anglofilia y anglofobia del joven Maeztu.....	50
CAPÍTULO 2. UN ESPAÑOL ANTE LONDRES	63
La Inglaterra eduardiana: ansiedad y diagnóstico	67
Un país feo, frenético, admirable, odioso	73
Lujos y mujeres	78
¿Poder o decadencia?	88
La vida en otros lugares: de la japonofilia a la germanofilia.....	93
Ocho ojos en busca de un país: Araquistain, Camba y Pérez de Ayala, tras la estela de Maeztu	100
La nación renacida: Maeztu y la Primera Guerra Mundial.....	107
CAPÍTULO 3. LO QUE MAEZTU APRENDIÓ EN INGLATERRA.....	113
A la religión por el socialismo	118
Viejo y nuevo catolicismo	121
El malestar en la modernidad.....	126

	<u>Pág.</u>
Enemigos del mundo moderno: Belloc, Chesterton y Hulme	131
Autoridad, libertad y función a la luz de Inglaterra	141
Adiós a todo lo que es moderno	146
 CAPÍTULO 4. EL EQUIPAJE DEL VIAJE DE VUELTA	 153
El interés que no cesa	157
El trauma de las trincheras: instrucciones de uso.....	165
Estados Unidos contra Inglaterra	168
Créeme, yo también fui anglófilo	173
Inglaterra, cuna de la Hispanidad.....	176
Influencia británica y fascismo	194
 CONCLUSIÓN	 203
 BIBLIOGRAFÍA	 205
 ÍNDICE ONOMÁSTICO.....	 219

INTRODUCCIÓN

Ramiro de Maeztu fue, con toda probabilidad, el más importante mediador cultural entre España y Reino Unido de las primeras décadas del siglo xx. Uno de sus contemporáneos, el periodista y político Luis Araquistain, lo llegó a calificar como «el más poderoso transmisor de novedades de la inteligencia» de la España de su tiempo¹. Su trayectoria supone, además, uno de los ejemplos más notables de contacto individual con un país extranjero de nuestra historia contemporánea. Este libro busca, por un lado, explicar este aspecto de su figura, y, por el otro lado, analizar qué nos enseña Maeztu acerca de nuestra cultura y nuestra historia recientes.

Periodista y ensayista de herencia británica (su segundo apellido era Whitney), Maeztu estuvo ligado al mundo anglosajón desde el principio. En el Madrid febril e iconoclasta de comienzos del siglo xx, el joven Maeztu tradujo a H. G. Wells, escribió una novela acerca de la conquista inglesa de Suráfrica, propuso ideas para la modernización de España que muchos consideraron de inspiración británica y fue descrito como un *yanqui*, como un *dandi* y como un imitador de lord Byron. Tras cumplir los treinta años dio un paso más allá, aceptando el puesto de corresponsal en Londres de uno de los periódicos de mayor circulación de la época: *La*

¹ L. ARAQUISTAIN, «Ramiro de Maeztu», *España*, 10 de julio de 1919.

Correspondencia de España. Maeztu se convertía, así, en el primer corresponsal que la prensa española destacaba en la capital británica. A lo largo de quince años (entre 1905 y 1919) informó a sus lectores acerca de todo lo que sucedía en aquel país. Sus artículos dieron fe de las transformaciones de la sociedad *eduardiana*, desde las movilizaciones a favor del sufragio femenino hasta el desgarró de la Primera Guerra Mundial. Maeztu contribuyó, además, a la popularización en España de autores fundamentales como George Bernard Shaw o G. K. Chesterton; y participó como miembro de pleno derecho en los ambientes intelectuales de la capital británica, publicando en inglés uno de sus libros más importantes (*Authority, Liberty and Function*, traducido después al español como *La crisis del humanismo*).

Sus ideas experimentaron un gran cambio durante su estancia londinense, de modo que, incluso tras su regreso a España, el influjo británico siguió actuando como uno de los grandes ejes de su obra. Su considerable influencia significa, además, que esto redundó en un mayor conocimiento de la Inglaterra de la época por parte de la sociedad española. Esto no es solo relevante para la comprensión de nuestro pasado, sino también para la de nuestro presente; al fin y al cabo, Reino Unido tiene una presencia considerable en el imaginario español, tanto por la intensificación de los lazos políticos, económicos y culturales entre ambos países en las últimas décadas como por el interés que ha suscitado su proceso de salida de la Unión Europea. Esto por no hablar del papel que sigue desempeñando en nuestra cultura política la relación que ha mantenido España con el resto de países de Europa occidental (y con el concepto mismo de «Europa»). A través de Maeztu podemos ver, efectivamente, que nuestra manera de imaginar a los países de nuestro entorno tiene una historia larga y compleja.

Sin embargo, cualquier acercamiento a la figura de Maeztu debe enfrentarse al curioso lugar que este personaje ocupa en los estudios sobre la España de su tiempo. Porque Maeztu es conocido y desconocido a partes iguales. Por un lado, es fácil encontrar su nombre en obras que tratan cuestiones como la crisis de la Restauración, los distintos proyectos para «europeizar» España, la recepción en nuestro país del irracionalismo nietzscheano, la aparición de los primeros «intelectuales» en un sentido moderno, la búsqueda de una nueva identidad española tras la derrota en la guerra de 1898,

o la polarización ideológica que culminó en nuestra más reciente guerra civil. Pero esta ubicuidad no se ha traducido ni en un mayor interés por su figura ni en un conocimiento especialmente detallado de su vida y obra. Al contrario, Maeztu suele aparecer como un personaje secundario en historias cuyos protagonistas siempre son otros individuos —como Miguel de Unamuno o José Ortega y Gasset— o grupos —como las generaciones literarias de comienzos de siglo o las derechas españolas de los años veinte y treinta—. El foco tiende a recaer sobre él solo en aquellos momentos en los que se encuentra cerca de otros personajes. Y a menudo estos distintos fogonazos de Maeztu no terminan de casar entre sí. En una de las grandes síntesis de la cultura y la política de la España moderna, por ejemplo, nos encontramos a Maeztu primero como un miembro destacado del movimiento iconoclasta posterior al *Desastre*, para volvérselo a encontrar, varias páginas después, convertido en una figura importante de la derecha tradicionalista². Maeztu fue, por supuesto, ambas cosas; pero la yuxtaposición de versiones tan distintas del mismo personaje evidencia la necesidad de trabajos que lo vuelvan más comprensible y coherente.

Es cierto que estos trabajos se enfrentan a algunas dificultades de carácter, si se quiere, estructural. La trayectoria ideológica de Maeztu —la que lo llevó desde un socialismo nietzscheano y anticlerical hasta un tradicionalismo católico y españolista— fue muy compleja, o al menos lo suficiente como para desanimar a quien no tenga motivos para hacer el esfuerzo de comprenderla. Además, los géneros que cultivó (el ensayo y el artículo periodístico) tienden a aguantar peor el paso del tiempo que los tratados filosóficos o las obras de ficción. Esto dificulta su presencia en los planes de estudio, lo cual, a su vez, impide que nuevos investigadores desarrollen un interés por su figura. Por otra parte, la enardecida defensa que Maeztu hizo de algunas posiciones que hoy son poco populares reduce el atractivo de su obra para aquellos que no estén ya interesados en el periodo en cuestión. Tampoco ayuda la ausencia de unas obras completas que permitan acercarse a sus escritos, los cuales permanecen dispersos entre reediciones y recopilaciones —elabo-

² S. JULIÁ (2004), pp. 64 y 277.

radas, en algunos casos, con una clara intencionalidad política—³. Por suerte, los esfuerzos de investigadores como E. Inman Fox, Rafael Santervás o Pedro Carlos González Cuevas, al igual que la impagable labor de digitalización de prensa histórica de la Biblioteca Nacional de España, hacen que el acceso a la obra de Maeztu sea hoy menos arduo⁴.

Otro aspecto del peculiar estatus de Maeztu es la cantidad de opiniones encontradas que ha suscitado su evolución ideológica. Algunos estudiosos han visto a Maeztu como alguien cuyas ideas cambiaban de forma anárquica y constante, un personaje cuya trayectoria habría sido «un contradictorio itinerario repleto de curvas e inopinados cambios de rasante»⁵. Maeztu sería un veleta, un oportunista, un «autodidacta convertido en apresurado intelectual al día»⁶. Otros, sin embargo, lo presentan como alguien que en realidad nunca cambió del todo: para José Luis Abellán, por ejemplo, «la evolución de Maeztu presenta una continuidad evidente, siendo en este sentido quizás el más coherente de todo el 98»⁷. Según esta lectura, Maeztu siempre habría sido un regeneracionista nietzscheano, alguien obsesionado por devolver a España su poderío de antaño. Para Santervás, «la pluralidad temática [de su obra] es solo aparente. En realidad, Maeztu no trata en toda su vida más que dos temas, España y el poder»⁸. Landeira reduce aún más la cuestión: «España fue el único tema constante y duradero de toda su obra»⁹.

[...]

³ Me refiero sobre todo a las recopilaciones aparecidas durante los años cincuenta del siglo pasado en Editora Nacional, como *Frente a la República* (1956), *Con el directorio militar* (1957), *Liquidación de la Monarquía parlamentaria* (1957), *Las letras y la vida en la España de entreguerras* (1958), *El nuevo tradicionalismo y la revolución social* (1959), *Un ideal sindicalista* (1961) o *Los intelectuales y un epílogo para los estudiantes* (1966). Ejemplo de esto es también la —por otra parte todavía útil— recopilación *Obra* en Rialp (1974).

⁴ E. I. FOX editó y prologó dos recopilaciones importantes para rescatar al primer Maeztu: *Artículos desconocidos* (1977) y *Liberalismo y socialismo* (1984). R. SANTERVÁS realizó una encomiable labor de catalogación en su tesis doctoral «La etapa inglesa de Ramiro de Maeztu» (1987). Y el estudio más completo y documentado acerca de Maeztu es P. C. GONZÁLEZ CUEVAS (2003).

⁵ J. M. FERNÁNDEZ URBINA (1998), p. 242.

⁶ J. L. CALVO CARILLA (1998), p. 398.

⁷ J. L. ABELLÁN (1973), p. 143.

⁸ R. SANTERVÁS (1987), p. 16.

⁹ R. LANDEIRA (1978), p. 23.